

## Aprendiendo de José Manuel Blecua

Más de una vez me contaba que lo tuvo muy claro desde un comienzo, cuando tenía veinte años y toda una vida por delante: quería ser medievalista y contemporaneísta. Trabajaría en los textos de don Juan Manuel, que había conocido mejor a través de la conspicua monografía de su maestro Andrés Giménez Soler, pero también escribiría sobre los poetas de la espléndida floración de la que era contemporáneo.

La idea de simultanear lo clásico y lo actual tiene un ADN que viene de la tradición intelectual del Centro de Estudios Históricos que, en 1910, había creado Ramón Menéndez Pidal en el marco de la benemérita Junta para Ampliación de Estudios. Lengua y literatura estrechamente unidas, como lo estaban —engarzadas en una guirnalda de belleza— las letras de ayer y de hoy; aquello fue una premisa científica (herencia de la concepción idealista del lenguaje) y también una forma de vida: no estudiar nada que no nos concerniera de un modo personal y vivo. Así lo hizo Dámaso Alonso, que halló tiempo para estudiar a Góngora, traducir el *Retrato del artista adolescente* de Joyce (aunque el antiguo discípulo de los jesuitas lo hiciera bajo el seudónimo picaresco de Alonso Donado), escribir poemas y leer los que escribían sus amigos. Y el arabista Emilio García Gómez, que encontraba joyas de la poesía árabe-andaluza en el manuscrito de Ibn-Saud, de El Cairo, y se ponía enseguida a buscar sus ecos en la poesía de Lorca o en las greguerías de Ramón Gómez de la Serna. Aquel fue el «arte de no renunciar a nada», como escribió Fernando Lázaro Carreter a propósito de José Fernández Montesinos, cuando lo recordaba yendo de los hermanos Valdés y del teatro menos conocido de Lope de Vega a la historia de la novela española del siglo XIX. O como haría Pedro

Salinas al fundar su *Índice literario*, en el marco de los *Archivos de Literatura Contemporánea*, que codirigió con Guillermo de Torre: una revista filológica y seria, como cualquier otra del Centro, pero que se hacía cargo con solvencia y entusiasmo de las letras vivas.

La guerra civil quebrantó muchas cosas, aunque no la fidelidad de Blecua a una idea. Simplemente se amplió, al cruzarse en su destino el Siglo de Oro. En 1948 había publicado las *Rimas inéditas* de Fernando de Herrera y en 1950-1951, la poesía de los Argensola (de los Leonardos, corregía él), a la vez que dictaba sus clases en el Instituto y se afanaba en escribir para el recién nacido *AFA*, que ahora le recuerda, y buscaba colaboradores o rellenaba huecos en la Biblioteca Clásica Ebro, que dirigía desde su aparición. Pero su deseo de trabajar en los modernos no se limitaba a las reseñas que alguna vez publicaba en el *Heraldo de Aragón...* De las fechas mismas de aquellas hazañas filológicas, de 1949, fue un libro que publicó al alimón con su amigo, el fiscal y crítico Ricardo Gullón, titulado *La poesía de Jorge Guillén (dos estudios)*. Se imprimió por cuenta de Librería General como segunda entrega de la efímera colección de «Estudios Literarios», fue ilustrado por Santiago Lagunas, Fermín Aguayo y Eloy Laguardia (recientes héroes de la primera exposición de arte abstracto en España) y fue dedicado por ambos autores a Ildefonso Manuel Gil, «poeta y amigo verdadero»: el volumen reunía así la mejor constelación de referencias intelectuales y estéticas de la Zaragoza del momento.

De aquel tiempo son también las primeras cartas que intercambié con Ramón J. Sender. Componen un testimonio precioso de sus lecturas y de sus aficiones, y tuve la fortuna de publicarlas el año 2001 con ocasión del centenario senderiano y gracias a la amistosa disposición del Instituto de Estudios Altoaragoneses, que guardaba las cartas de Blecua, y de José Manuel Blecua Perdices, que localizó las de su corresponsal. La primera es de 1947, sin más referencia, y la cuartilla lleva como exergo la viñeta de un velero y los versos de un romance, «Quién hubiera tal ventura». Blecua pide información sobre las obras de Diego de Fuentes, en la Biblioteca de la Hispanic Society, y sobre la localización de la *Hispanic Review*, que no llega a menudo a España, pero también recuerda a Sender que le había gustado mucho leer *Proclamación de la sonrisa*, su libro de evocaciones de paisaje aragonés y de tiempos revolucionarios, publicado en 1935. En misivas del año siguiente, le pide que le adquiera y le haga llegar la magna edición de la *Propalladia* que Joseph Gillet acaba de publicar. Y en 1949 le cuenta que quizá vaya a Estados Unidos, y previniendo un encuentro

de los dos paisanos, le proporciona un autorretrato: «Tampoco llevamos mal nuestros treinta y cinco. Yo aún puedo cruzarme el Ebro nadando, aunque soy un peso pluma o de vilano, y tengo un aspecto bastante juvenil. Si un día ve entrar en su casa una mezcla de banderillero con tocador de guitarra o vendedor de burriquillos [*sic*] teñidos, ese soy yo. Hay opiniones distintas entre los amigos. Yo espero que me vea llegar pronto, llevando debajo del brazo los dos tomos argensolistas».

Nunca dejó de ocuparse de la literatura española de su siglo. «Valle-Inclán en la revista *España*» fue un importante artículo de 1966, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* con motivo del centenario del escritor, que se sitúa justo entre su excelente edición de la poesía completa de Quevedo (1963) y el primer volumen de su edición crítica monumental que Castalia empezó a publicar en 1969. El artículo sobre Valle dio a conocer una ficha de primera magnitud para la historia del *esperpento*: el breve paso dramático *Para cuándo son las reivindicaciones diplomáticas*, publicado en julio de 1922. Y en 1970, abrió la colección «Textos Hispánicos Modernos», de su discípulo Francisco Rico, con una edición del *Cántico* de Jorge Guillén, que desde entonces es pauta para el estudio del taller poético de la generación del 27, al reconstruir los pasos que van de las publicaciones en revistas del momento hasta llegar a la versión definitiva de *Aire nuestro*, que había salido de prensas milanesas en 1968.

En el mismo año 1970, la consideración de los modernos tuvo parte importantísima en el estudio sobre el «rigor poético» en España, que fue materia de su discurso de ingreso en la barcelonesa Acadèmia de Bones Lletres. Y reparo, porque me parece significativo, en que su trabajo remite su utilidad al campo de una posible «sociología de la literatura», que tenía sus valedores entre algunos de sus discípulos de entonces y que a él mismo no dejaba de interesarle. En 1971 el C.S.I.C. publicaba, con notable retraso, unos coloquios sobre *Historia y estructura de la obra literaria*, mantenidos en 1967, donde su contribución versó sobre «La estructura de la crítica literaria en la Edad de Oro», llena de sagaces observaciones sobre lo que en los años setenta llamamos «recepción de la literatura», para seguir a Jauss, y ahora «campo literario», si recordamos a Bourdieu.

Para Blecuca lo que prevalecía, a fin de cuentas y al margen de las nomenclaturas, era la idea de la literatura como misteriosa continuidad de un oficio, de una tradición y de una también misteriosa comunicación de bienes estéticos. Concebía la filología como un entusiasmo puesto

*JOSÉ-CARLOS MAINER*

en obra y no como una disección de laboratorio, como una pasión que se acerca al misterio y no como un interrogatorio que acosa a un sospechoso. Eso es lo que aprendimos, o deberíamos haber aprendido, de José Manuel Blecua aquellos que seguimos habitando esta otra ladera, la de los estudios contemporáneos, que jamás le fue ajena.

José-Carlos Mainer  
Director de la Cátedra «Benjamín Jarnés»  
Institución «Fernando el Católico»